

Fernández, Víctor Manuel

Identidad espiritual y pastoral (I)

Revista Vida Pastoral N° 264, 2007

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Identidad espiritual y pastoral (I)* [en línea]. *Vida Pastoral*, 264 (2007). <http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=256> Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/identidad-espiritual-pastoral-victor-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Publicado en:

<http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=256>

Espiritualidad

Identidad espiritual y pastoral (I)

Autor: [V́ctor Manuel Ferńndez](#)

El autor nos plantea, en esta primera entrega, una propuesta de reflexi3n sobre la identidad personal como camino hacia la identidad pastoral.

Cuál es mi identidad? Se trata de un tema complejo. Veamos cuáles suelen ser de hecho los elementos que dan a las personas una conciencia de sí y de una identidad única:

- a. La autoconciencia corporal y la aceptación del propio cuerpo.
- b. Las propias capacidades y carismas, ejercitadas y cultivadas.
- c. El propio modo de relacionarse con el mundo, con los demás y con Dios.
- d. Una serie de ideas que uno valora y que le convencen y apasionan.
- e. Algunas opciones firmes que uno ha hecho desde el corazón y que mantiene más allá de las conveniencias circunstanciales.
- f. El propio ser histórico-cultural, que incluye todo lo recibido o heredado con lo cual uno se siente identificado.

Todos estos elementos ayudan a que cada uno se perciba como él mismo, diferente único y valioso. Esa identidad personal no sólo se piensa sino que se va construyendo, en un juego constante entre todos estos elementos, con un *estilo de vida* coherente que la afianza y la arraiga satisfactoriamente. Porque la experiencia de una identidad personal firme implica la experiencia de una *estabilidad* (yo sigo siendo el mismo y soy cada vez más yo mismo) junto con el sentimiento de que la propia vida es básicamente *algo positivo y valioso* (que la percepción de sí mismo no sea predominantemente negativa, aunque siempre haya cosas que resolver).

La autoidentificación superficial

Lamentablemente las personas suelen construir su identidad con elementos parciales y superficiales que no otorgan estabilidad ni satisfacciones profundas a esa experiencia de identidad. Las conversaciones cotidianas muestran cómo estos elementos superficiales suelen apasionar a las personas llevándolas a apoyar en ellos su sentido de identidad. Me refiero, por ejemplo, a ciertos gustos (un tipo de comida, una forma de vestir, un género musical), a algunas características del temperamento ("yo soy una persona tranquila, a mí no me quiten la tranquilidad"), a la ascendencia ("se me nota que mis abuelos eran italianos"), al apellido, a un equipo de fútbol ("yo doy la vida por Boca"), etcétera.

Es verdad que todos estos elementos también se integran en la identidad personal, no tienen por qué ser despreciados, y además suelen ser reveladores de cuestiones más profundas de las cuales son como símbolos o manifestaciones. El problema es que se

constituyan en los principales recursos para reconocer y construir la propia identidad, porque sólo forjarán una identidad muy débil.

Avancemos un poco más en cuatro de estos modos superficiales –que siendo los más comunes no son los más importantes– de sustentar la propia identidad:

El consumir

Si la identidad supone algunos elementos *estables*, que uno siente como móviles de la propia existencia, y también un sentimiento básico de *positividad* personal, la verdad es que en el contexto actual muchas personas, profundamente atontadas por el mecanismo de la publicidad, habitualmente se mueven y se sienten positivas sólo en función de lo que puedan consumir. Todo lo que planifican, buscan y realizan, aunque no lo digan, tiene la finalidad de consumir algo, y cuando lo logran sienten que su existencia es algo positivo y está –por el momento– lograda.

Aunque no se nos escape todo lo superficial y vacío de ese estilo de vida, tenemos que decir que el consumo no puede excluirse completamente de la construcción de la propia identidad. Porque quien no puede disfrutar de nada en esta vida –porque no tiene posibilidades, porque no valora lo que tiene, o porque no se ama a sí mismo– difícilmente podrá sentirse sinceramente amado y experimentar su existencia como algo positivo. Es más, la capacidad no obsesiva de gozar de las pequeñas cosas de la vida permite percibir el amor de Dios que nos quiere felices y que nos provee de muchas cosas "para que las disfrutemos" (1Tim 6, 17).

El cuerpo, la figura, lo que aparece

Veamos ahora otros modos de construir la propia identidad que tienen que ver con la necesidad de ser apreciados y aprobados por los demás. Uno de ellos es el cuidado de la apariencia física.

En realidad hay que hablar primero de una autoconciencia corporal, que es central e ineludible, porque sólo podemos tener una identidad reconociéndonos de modo corpóreo, tocándonos, mirándonos al espejo, y sobre todo haciendo una experiencia corpórea intensa, "sintiéndonos" a nosotros mismos, reconociendo sensaciones que sólo pueden ser corpóreas. Nada de lo que somos, pensamos o sentimos deja de tener una resonancia corpórea. Muchas personas hoy son más capaces que en otras épocas de amar su propio cuerpo, de cuidarlo, de experimentarlo. El problema es cuando esta dimensión central se vuelve exclusiva, y sólo nos aceptamos y valoramos a nosotros mismos si sentimos que nuestro cuerpo es sano, fuerte y bello. Entonces, el inevitable desgaste orgánico nos hará sentir que cada vez "somos" menos, y nos impedirá reconocer que hay otras dimensiones de la propia identidad que pueden fortalecerse, cultivarse y disfrutarse cuando el cuerpo está decayendo o perdiendo hermosura. En realidad, cuando hay una aceptación básica de sí mismo, incluyendo el propio cuerpo "real" (no el meramente imaginado) la persona no siente que pierde belleza con el paso del tiempo, sino que esa belleza se modifica, adquiere otra forma diferente que también es hermosa, aunque no responda a los patrones de la sociedad que rinde culto al cuerpo joven y firme.

Esta dimensión corpórea se empobrece particularmente cuando se concentra en la *aparición* externa. La preocupación exagerada por "verse bien", lleva a depender tanto de la mirada ajena que perdemos conciencia de la propia identidad, ya no

sabemos quiénes somos en realidad, porque sólo cuenta lo que somos ante la mirada de los otros. Algunas veces un cierto desprecio de los demás o un narcisismo galopante hace que este cuidado por la apariencia física ni siquiera tenga que ver con las relaciones humanas, sino con un deseo ególatra de *considerarse* a sí mismo de "buena apariencia". Es verdad que esta inconsistencia no siempre es enfermiza o grave, y por lo tanto puede coexistir con una identidad básicamente sana; pero ciertamente lleva a desgastar energías en algo vano y limita las perspectivas de la propia vida.

El tener: dinero, propiedades, títulos, conocimientos, capacidades, perfección ética

Otras personas creen no depender tanto de la apariencia, pero en realidad la procuran de una manera más sutil. Sucede cuando uno se siente alguien positivo a partir de las cosas que *tiene*. A través de ellas cree que puede presentar en la sociedad una imagen valiosa de sí.

Entonces sigue sin llegar al centro de su identidad y se vuelve esclavo de la periferia. Pero conste que no hablamos sólo de los bienes materiales, como cuando alguien sólo se siente valioso si ha acumulado posesiones. Esto vale también para otras posesiones más altas, como la capacidad intelectual o los logros intelectuales (títulos, publicaciones, etc.), los talentos artísticos, e incluso el desarrollo ético de la persona (su forma de actuar, las acciones buenas que realiza o el testimonio moral que da a los demás).

Si llega a cometer un error, o no es debidamente reconocido por los demás, o cuando sufre una humillación pública, un individuo así puede sentir de golpe que no es nadie, que no tiene identidad, que no sabe para qué vive, que ha perdido su valor, y probablemente se aislará resentido, creyéndose el único mártir, o se dedicará a procurarse alguna fuente de placer que compense su dolor. Sentirá que le han pedido mucho y no le han dado a cambio lo que él "merecía". Así su identidad se verá gravemente dañada, ya no sabrá cuál es su valor.

En cambio, una persona que valore estas diversas posesiones y las disfrute, pero que sepa subordinarlas a los niveles más profundos de identidad, no dejará de sentirse *alguien* si las pierde, sentirá que sigue siendo él mismo, que tiene derecho a un lugar en el mundo, y no dejará de valorarse a sí mismo.

Los logros personales

Muchos basan la percepción positiva de sí en los éxitos o logros que consigan a partir de su *trabajo*, o en los proyectos para conseguir, mantener o acrecentar esos éxitos en el futuro. Es importante no confundir esta inconsistencia con una sana identificación con la propia misión como llamado de Dios para servir a los demás. La identidad pastoral no es la dependencia de una función social, de un rol que se cumple ante los demás, ni siquiera de una profesión. Por lo tanto, tampoco depende de los éxitos y resultados. Es la experiencia de una fecundidad que va más allá de lo que se puede medir y mostrar.

Hay personas muy preocupadas por hacer carrera y ser protagonistas (no ser uno más). Por eso prefieren desempeñar un papel y tratar de contentar a quienes puedan favorecerlas para obtener determinados resultados. Pero si se detienen a pensar, ya no saben cuál es su identidad real. Es decir, su identidad se confunde con sus logros.

No gozan por estar cumpliendo una misión que Dios les confía, que los pone al servicio del bien de los demás. Cuando hay una clara identidad pastoral, esa misión forma parte central de su identidad y se mantiene en pie en medio de los fracasos, porque se sabe que Dios actúa a través de sus instrumentos más allá de sus éxitos visibles, y les hace cumplir su misión de una manera o de otra. Pero los que no alcanzan esa identidad pastoral y viven en el nivel de los logros, sólo se sienten alguien, y alguien positivo, si consiguen resultados elogiados, y sobre todo si esos resultados son efectivamente reconocidos, alabados y recompensados con gloria.

Cuando la propia vida es una misión, lo que importa es cumplir con el proyecto de Dios, y en todo caso escuchar a los demás para discernir si se está cumpliendo adecuadamente esa misión. Pero cuando el eje son los logros, lo que importa es solamente la aprobación y el aplauso. Cuando esto sucede, la persona en realidad está siempre insatisfecha, porque los reconocimientos nunca son suficientes. Brindan un consuelo fugaz y pronto se vuelven insulsos. Hace falta cada vez más. Para colmo, es imposible tener a todos contentos y lograr éxito en todo. La vida está surcada de resultados incompletos o parciales, de fracasos, de límites y de contradicciones. Quien asienta su seguridad personal en los logros, se somete a un sufrimiento permanente y a una fuerte tensión interna. Esto se une frecuentemente a una personalidad narcisista, que en el fondo vive una convicción de no ser digno de un gran amor, con el sentimiento de no haber sido nunca suficientemente amado y por lo tanto de ser alguien "negativo". Así se produce el mecanismo interno de procurar obsesivamente agradar, significar algo para otros, ser objeto del amor de las personas importantes (poderosas o bellas) logrando lo que ellos esperan que uno realice. Frecuentemente esto implica crear una máscara y ocultar los propios gustos y opiniones para evitar que entorpezcan el avance de sus proyectos.

Si uno se queda en este nivel, en realidad se vuelve autónomo frente a Dios, porque necesita probar que él *puede* solo. No quiere nada "regalado". Por lo tanto, aunque exprese su confianza en Dios o diga que él solo no puede nada, en la práctica actuará confiando sólo en sus capacidades y previsiones, obsesionado por cumplir lo que él cree que le brindará un lugar en la sociedad o en la Iglesia y el reconocimiento o la aceptación de los demás. No estará tratando de realizar el proyecto de Dios sino de satisfacer una necesidad egocéntrica. Así olvidará que el don de Dios, siendo gratuito e inmerecido, siempre nos promueve para que saquemos lo mejor de nosotros mismos, de manera que podamos sentirnos fecundos pero también humildemente agradecidos.

En la próxima entrega profundizaremos en la identidad espiritual y en los elementos centrales de la autoidentificación.